

Investigación en Ciencias Sociales y Transdisciplinariedad

Compilador y editor académico

José Alonso Andrade Salazar

UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA



e-ISBN: 978-958-8474-97-7



Colección Señales

Investigación en Ciencias Sociales y Transdisciplinariedad

José Alonso Andrade Salazar
Compilador y editor académico

Medellín, 2021



UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA



Andrade Salazar, José Alonso
Investigación en Ciencias Sociales y Transdisciplinariedad/ Compilado por
José Alonso Andrade Salazar.
—Medellín: Editorial Bonaventuriana, 2021
201 p. —(Colección Señales)
Incluye referencias bibliográficas
e-ISBN: 978-958-8474-97-7
1. Investigación social—Metodología 2. Investigación en ciencias sociales
3. Transdisciplinariedad—Investigación
300(CDD23)
A553

© Universidad de San Buenaventura Medellín



Colección Señales

Investigación en Ciencias Sociales y Transdisciplinariedad.

Compilador: José Alonso Andrade Salazar.

Autores: José Alonso Andrade Salazar, Roberto Rivera Pérez, Ricardo Andrade Rodríguez, Carlos Jesús Delgado Díaz, Manuela Pérez Urrea, Carlos Mario Cardona Ramírez, Edgar Alonso Vanegas Carvajal y Alexandre S.F. de Pomposo García-Cohen.

Grupo de investigación: Estudios Clínicos y Sociales en Psicología
Universidad de San Buenaventura Medellín.

Universidad de San Buenaventura
Colombia

© Editorial Bonaventuriana, 2021
Universidad de San Buenaventura Medellín
Coordinación Editorial Medellín
Carrera 56C N° 51-110 (Medellín)
Calle 45 N° 61-40 (Bello)
PBX: 57 (4) 5145600
editorial.bonaventuriana@usb.edu.co
www.usbmed.edu.co
www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co

Coordinación editorial: Daniel Palacios Gómez.

Asistente Editorial: Laura Catalina Blandón Isaza.

Corrección de estilo: Camilo Herrera Rodríguez.

Diseño y diagramación: Carlos Gaviria Peña.

Ilustración de carátula: Carlos Gaviria Peña.

Las opiniones, originales y citas son responsabilidad de los autores. La Universidad de San Buenaventura salva cualquier obligación derivada del libro que se publica. Por lo tanto, ella recaerá única y exclusivamente sobre los autores.

Los contenidos de esta publicación se encuentran protegidos por las normas de derechos de autor. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sin permiso escrito de la Editorial Bonaventuriana.

e-ISBN: 978-958-8474-97-7

Cumplido el Depósito Legal (Ley 44 de 1993, Decreto 460 de 1995 y Decreto 358 de 2000).
Noviembre de 2021

Contenido

Prefacio	5
<i>José Alonso Andrade Salazar</i>	
Prólogo	8
<i>Alexandre S.F. de Pomposo García-Cohen</i>	
Epistemología, investigación y transdisciplina en ciencias sociales	14
<i>José Alonso Andrade Salazar</i>	
Modelos lineales y no lineales para la investigación en las ciencias sociales	48
<i>Roberto Rivera Pérez</i>	
Transdisciplina y metodología de la investigación	88
<i>Carlos Jesús Delgado Díaz</i>	
El saber científico no es transhistórico ni neutral: la ciencia moderna cuestionada por la condición posmoderna y el concepto de juegos de verdad de Michel Foucault	109
<i>Ricardo Alberto Andrade Rodríguez</i>	
El aporte de Theodor Adorno al desarrollo de la investigación social	137
<i>José Alonso Andrade Salazar & Manuela Pérez Urrea</i>	
Bioética y transdisciplinariedad: apuntes para una epistemología	165
<i>Edgar Alonso Vanegas Carvajal & Carlos Mario Cardona Ramírez</i>	

Prefacio

Los graves problemas por los que atraviesa la comunidad planetaria constituyen un llamado a generar reflexiones, sentidos y acciones conjuntas sobre el *quehacer* humano y la huella ecológica que afecta la biocapacidad sustentable del planeta. Las vías posibles para tales encuentros revelan la oportunidad integrativa de reticular posiciones antropológicas, sociopolíticas, ambientales y axiológicas. Empero, para que dichos derroteros conjuguen reticuladamente la diversidad de métodos, metodologías o modelos, se propone que el diálogo de saberes y la transdisciplinariedad se constituyan en sus ejes articuladores. La atención ubicada especialmente en los cambios sociopolíticos, ambientales, económicos, pandémicos, ideológicos, bélicos, migratorios, etc., y sus efectos en la expectativa y calidad de vida de personas, grupos y comunidades, además de las graves secuelas ambientales de la actividad depredatoria humana, son fuente de preocupación e interés investigativo en las ciencias sociales, puesto que es allí, en ese espacio de relaciones de problemas a nivel *inter* y *trans-problémico*, donde se intrincan, sobreponen, dislocan, religan o desunen los diversos objetos de estudio, mismos que, a modo de campos relacionales del conocimiento, logran revelar nuevas rutas reflexivas en aras de la comprensión compleja y conjunta de los fenómenos investigados.

Se entiende así que la investigación requiere redes de relaciones metodológicas, al tiempo que redes de reflexiones epistémicas, las cuales resultan emergentes de un pensamiento crítico y (*de*)constructivo, que a modo de palimpsesto posibilita explorar nuevos derroteros metodológicos y, con ello, reconocer y dar cabida a otros flujos, sentidos, brechas y discusiones en torno a la cientificidad de las ciencias sociales, y en lo que concierne a este libro, el acogimiento e implementación de la transdisciplina como andamiaje y pivote investigativo.

Se espera que dicha provocación nos invite a pensar más allá de las fronteras discursivas, y que ello permita acercar el *método* a la creatividad, procurando así la cooperación investigativa, la reorganización metodológica y el amparo de otros saberes, modelos y metodologías de investigación. Como posibilidad emergente, reconocer este interés y procurar su cumplimiento, conlleva crear de manera conjunta un *método* que paradójicamente resulta *antimetódico*, pues consiente el valor de toda posición hipotética-deductiva, pero va más allá de ella al proponer una mirada relacional e integrativa al conocimiento.

Esta es, *grosso modo*, la intención de este libro: impulsar la búsqueda del pensamiento transdisciplinario, a fin de permitir la aproximación a redes de relaciones epistémicas para pensar académicamente la investigación en Ciencias Sociales y su relación con la transdisciplinariedad. Reflexionar sobre dicha relación implica cuestionar —pero no invalidar— el criterio de eficacia universal de los métodos y las metodologías de corte positivista, discutiendo a partir de ello la supuesta neutralidad del saber científico, sumada a la reificación del racionalismo y la medición como únicos garantes del saber hacer ciencia. Como efecto inmediato, la discusión presenta múltiples ventanas de oportunidad enfocadas en pensar modelos de investigación no lineales, creados en torno a la idea de fluctuación, desequilibrio, irreversibilidad e inestabilidad de los fenómenos sociales. En este escenario se reconoce la raigambre de posibilidades reflexivas y el aporte que la transdisciplinariedad realiza a dichas discusiones e interrogantes acerca del papel del investigador, el sentido de los métodos y la Bioética, en lo que toca a su preocupación por las complejas relaciones entre saberes-prácticas-avances científicos, desarrollos tecnológicos y axiológicos, medio ambiente, ética y vida humana.

Dicho sea de paso, este libro responde a una investigación teórica rigurosa y de corte histórico, realizada en función de reflexiones epistémicas con base en la contrastación teórica y la comprensión relacional entre ciencias sociales y transdisciplinariedad. La investigación en sentido transdisciplinar es en realidad una investigación académica que exhorta a los investigadores a acoger e integrar de forma dialógica el antagonismo complementario que, a modo de tercero incluido, propende por recrear escenarios del conocimiento donde las diferentes disciplinas cooperen entre sí, a fin de dirigirse *entre, a través y más*

allá de sus propias limitaciones epistemológicas y operativas hacia un conocimiento integrativo y multidimensional. La afirmación y puesta en marcha de escenarios reflexivos dialógicos en este libro puede impulsar el cumplimiento de tales objetivos en el marco de una actitud (*de*)constructiva que explore la genealogía de los saberes actuales, los integre a través de redes de relaciones y resalte los encuentros, desencuentros y religares emergentes, aspectos que precisan de la cooperación entre investigadores que acojan lo local y lo global sin descuidar la cercanía con los dramas sociales y la naturaleza.

PhD. José Alonso Andrade Salazar

Prólogo

Desviar asteroides puede ser más fácil que desviar gérmenes mutados. ¿La razón? Los sistemas reales, es decir, complejos, parecieran desprovistos de memoria, lo que significa que su *pasado* no es un preludio a su *futuro*; esta incapacidad para predecir de manera unívoca los fenómenos que abarcan todos los niveles de la realidad es lo que subyace a ese otro aspecto capital de cualquier sistema en el espacio y en el tiempo, a saber, la *adaptación*. Nos adaptamos porque ignoramos con exactitud lo que sucederá en el futuro y, en consecuencia, no podemos predecir “a ciencia cierta” lo que pasará después. . .

La multiplicidad de los modelos de la realidad, cada uno formulado con su propia jerga, muestra a las claras que nuestras proyecciones epistemológicas sobre el mundo, el hombre y su trascendencia son inevitablemente parciales, limitadas, finitas y relativas. Cada zona de lo real es como una cultura diferente, con sus propios idiomas, costumbres, formas, estilos y cadencias: es eso lo que caracteriza también a las diferentes escuelas y facultades de una universidad, vamos, que hasta la vestimenta cambia de una “nación” profesional a otra. La vestimenta no sólo cubre la desnudez del cuerpo, sino que muestra la historia del individuo que la porta: lo muestra ante el mundo, llegando esos cuantos trozos de tela a tener tal influencia en la persona, que hasta su expresión facial se moldea a la bata del médico, a la toga del jurista, al desaliño del escritor, a la filipina del odontólogo, etc., esto es, la máscara de carne. Esta multiplicidad conforma los elementos en el espacio de configuraciones del pensamiento multidisciplinario, dejando en su sitio las murallas que separan a una zona de otra, como entidades infranqueables, a menos de estar dispuesto a pasar por los ritos iniciáticos que son los de cada profesión, hasta alcanzar, probablemente, la consagración del examen profesional. ¿Es ese el único camino?

Aunque esa pregunta se puede plantear en lo general, esta obra se la plantea particularmente en el ámbito de las ciencias sociales, que, como en cualquiera otra línea del conocimiento, se enfrenta a la obligación ética y moral de poder justificar lo que dice que investiga y estudia; comienza entonces por reconocer que, en realidad, lo que llama “conocer” no es más que lo que cree comprender del mundo de las sociedades humanas. Por ello, epistemología y hermenéutica son inseparables, impulsando la búsqueda por las razones de los conglomerados humanos en una lógica relacional, la de los fenómenos de emergencia y de la autoorganización, es decir, lo propio de los sistemas complejos.

Por desgracia, todos tenemos inconscientemente la tendencia a ligar una causa a un efecto, haciendo en seguida la extrapolación a tiempos futuros indefinidamente lejanos; el legado de Francis Bacon, la inducción como columna vertebral de la investigación y del conocimiento. ¿Cómo controlar esos instintos lineales que tienden a hacernos la vida más fácil, pero que nos conducen inexorablemente hacia el abismo de los modelos incapaces de describir lo que vemos en el día a día? Aceptando la naturaleza no lineal del mundo, a todos sus niveles, viendo en los modelos lineales y deterministas las aproximaciones de nuestro balbuceo sobre el universo y sus leyes; reconociendo en la indeterminación una propiedad de lo real y no una suerte de defecto que puede ser fácilmente eliminado de nuestras ecuaciones; constatando que la borrosidad de nuestros conocimientos proviene no de la falta de técnicas adecuadas a nuestras investigaciones, sino de que somos nosotros, los seres humanos, quienes hemos inventado términos como “perfección”, “exactitud”, “precisión”, “todo”, “nada”... Siempre estaremos excedidos en nuestros cálculos, gracias a la tendencia inductora de nuestros cerebros, aunque, se debe decir, eso que ha constituido nuestra fuerza como especie en la evolución es lo mismo que nos impide abrazar la realidad de un solo golpe. En ese sentido, la sociedad de los hombres es una rica parábola acerca de nuestros saberes: conforme nuestra experiencia visual fue evolucionando hacia el frente, y al dejar el inmenso punto ciego de nuestras espaldas, tuvimos que sentarnos en círculos para cubrir los 360 grados del horizonte y colaborar entre todos para protegernos los unos a los otros. Es exactamente de la misma forma en que los saberes deben sentarse en círculo, para vislumbrar entre las parcialidades el horizonte de nuestro fascinante mundo. En consecuencia, no es ni siquiera pensable la separación indefectible entre la metodología de la investigación y la permeabilidad de los

muros que separan las disciplinas, esto es, la *transdisciplinariedad*, so pena de asumir la posición mesiánica de considerarse el detentor del conocimiento que está por encima de todos los otros conocimientos o, dicho de otra manera, de la *panacea* que lo cura todo.

Esta colaboración entre saberes, para ser auténticamente transdisciplinaria, debe regirse por el diálogo en el que se dice, de una forma u otra: “No, mi saber no termina en donde comienza el tuyo. No, mi saber se multiplica con el tuyo y, por eso, soy responsable de tus responsabilidades”. Ese es el punto neurálgico de la ética, en lo general, y de la bioética, en lo particular. Resulta evidente que ninguna forma concreta de ideología, sea del tipo que sea, puede considerarse la propietaria de este principio, porque, en efecto, se trata de un *principio*. Esto significa que la bioética no es ni un punto de partida ni un punto de llegada; la bioética es el principio por el cual se mueve el conocimiento al servicio del ser humano, como el latido del corazón es el principio del movimiento de la sangre que aporta oxígeno a la intimidad de los tejidos del organismo. Desde luego que, para ser eficaz, este principio necesita verse precedido por la *conciencia de valor* que dé a nuestra presencia en el planeta su justificación, sabiendo que estamos todos aquí, de una forma u otra, en búsqueda del sentido, tanto como *dirección* y como *significado*: la flecha del tiempo debe dirigirse hacia una diana en la que pueda dar al blanco.

Desde mediados del siglo XIX, la termodinámica y, con ella de forma muy paulatina, todas las disciplinas científicas han ido reconociendo, una a una, que los sistemas se vuelven más complejos conforme progresan o, si se prefiere, se desarrollan, se perfeccionan, mejoran; conforme se vuelven más eficientes, se hacen menos onerosos, más capaces, más autoorganizados. En consecuencia, cuanto más se hace progresar a estos sistemas, se vuelve más probable que colapsen inesperadamente. Aun así, sería tonto hacer a esos sistemas menos eficientes y más costosos. ¿Qué tanto de todo esto se aplica a la sociedad humana? Probablemente el fracaso de no pocos modelos, en este sentido, encuentra su explicación en el haber querido precipitadamente trasvasar las ideas y los conceptos de las ciencias básicas, como la física, a las ciencias sociales; ciertamente el comportamiento de un gas, por ejemplo, presenta similitudes desconcertantes con las formas en que se autoorganizan los grupos humanos. No obstante, las personas no son moléculas que se encuentren sometidas sólo

a las fuerzas electromagnéticas y a las interacciones mecánicas con otras moléculas; los seres humanos están provistos de voluntad propia, incluso al grado de ir en contra de sus más elementales y lícitas tendencias naturales. Definitivamente, mientras las ciencias se autodefinan como “positivas” o “duras”, serán perfectamente incapaces de tomar en cuenta al hombre en la descripción del mundo o, en otras palabras, la perspectiva fenomenológica en la que el estudioso no puede decir nada sin decirse, al menos en parte, a sí mismo. Esto lo comprendió bien Michel Foucault. Para él, la descripción de todas las cosas y sus fenómenos pasa, inevitablemente, por el tamiz del pensamiento y, por lo tanto, de la perspectiva que de todo ello se forma. En otras palabras, la *episteme* constituye al campo epistemológico, es decir, la “estructura subyacente”, inconsciente, que fija límites al campo del conocimiento, a las maneras como las cosas son percibidas, agrupadas y definidas. No existe un progreso histórico entre epistemes y, como consecuencia, no es equiparable a la neutralidad del cerebro humano. Los efectos en una filosofía de las ciencias son patentes. Sin embargo, queda que se puede criticar a Foucault que pretendiera que el cambio actual de episteme fuese el último, sin duda la influencia de Nietzsche se dejó sentir en más de un aspecto en el pensador galo. Lo cierto es que, a la luz de la termodinámica, puede decirse que los cambios de episteme foucaultianos tienen una inquietante similitud con las transiciones de fase y las rupturas de simetría en la evolución de los sistemas abiertos, particularmente alejados del equilibrio.

La característica más notable de los sistemas en estado crítico, como sucede en una transición de fase, no es solamente que se encuentran alejados del equilibrio, sino que presentan correlaciones de largo alcance entre las partes de su interior. Podría decirse que las redes sociales y el internet juegan hoy ese papel de promover la conectividad entre elementos espacial y temporalmente distantes entre sí; en otras palabras, lo que la criticidad de un sistema pone en la palestra es el tipo de relación que guardan las partes con el todo de un sistema y eso, en concreto, es el punto neurálgico de la investigación en las ciencias sociales. No cabe duda que entre los filósofos que más han contribuido al avance en ese terreno está Theodor Adorno quien, por cierto, fue un destacado musicólogo, no dejando de lado el papel sociológico que la música juega en la organización de la *polis*. En efecto, en su profundo análisis de la obra de Gustav Mahler, afirma que “el movimiento del todo, para imponerse, debe relativizar lo particular; sin embargo, los detalles no deben plegarse a su

voluntad de una manera demasiado conciliadora, si no quieren perder la caracterización que por sí sola los califica en sus relaciones con el todo” (Adorno, 1976, p. 80)¹. Es increíble cómo este pensador vislumbró por adelantado lo que hoy se trabaja en las ciencias de la complejidad como el *modelo de pequeño mundo*, que en el intento por resolver la paradoja de la relación dialéctica entre las partes y el todo de un sistema, saca a la luz los mecanismos intrínsecos de la autoorganización o, en otros términos, la lógica del cardumen, metáfora riquísima en las ciencias sociales.

Así y todo, las ciencias sociales nunca habrán sido solicitadas tanto como en los tiempos que corren, en la esperanza de que aporten, si no respuestas en sí, propuestas tangibles que vayan más allá de los desarrollos tecnológicos y tomen en consideración al ser humano en el mundo: la cosificación del hombre siempre es un peligro en acecho. Recuperar conceptos tan vilipendiados como el de *progreso*, para ser revalorados y acordados con lo que la naturaleza nos ha dicho desde siempre: “no puedes saberlo todo, pero puedes hacer mucho con lo que tienes, haciéndote responsable de ello”. Para poder responder a ese consejo permanente sólo existe una posibilidad, la de la *transdisciplinariedad*, porque más allá de las diferentes maneras de conceptualizarla, siempre será su sinonimia el hambre de saber, las verdades estofadas de finitud, los conocimientos siempre parciales y transitorios; su aparente debilidad es su fuerza. Si queremos influir en el estado futuro de un sistema complejo como la sociedad humana, debemos controlar su autoorganización; de otro modo, mientras más un sistema se encuentre dominado por una dinámica autoorganizacional, menos capaz será de predecir su futuro. Ese es el caso de los sectarismos, de las tribus urbanas, de los focos de fanatismos e ideologías, en fin, de todas las formas de “ismos” que se quieran. Ciertamente los cambios abruptos son catastróficos y las ciencias de la complejidad, a través de la *crítica auto-organizada*, de las *leyes de potencia*, etc., ha sido capaz de describir esas catástrofes, como tantas avalanchas de eventos que regresan el sistema a una línea de un desequilibrio estable: los líderes deben esperar a que las crisis lleguen y, entonces, no desperdiciarlas. La sociedad será siempre sociedad de riesgo, como la vida es un riesgo y, de igual forma, hay que vivirla.

¹ Cf. Mahler. *Une physionomie musicale*. Paris: Les éditions de minuit.

Las reflexiones contenidas en este libro obedecen a un solo objetivo, el de infundir la necesidad del pensamiento transdisciplinario para poder acercarse asintóticamente a la equidad y a la justicia, siempre urgentes, siempre ausentes. Es claro que el hombre necesita fronteras para poder enterrarse y convertirse en semilla, pero también tiene necesidad de la gran Vía Láctea y del océano en toda su extensión, a pesar de que ni las constelaciones ni el mar le *sirvan* de mucho en el corto intervalo del instante presente. . . . Porque, a final de cuentas, ¿qué es *servir*? Pues bien, sé de alguien que se desvivió escalando montañas, arruinándose las rodillas y raspándose las palmas, en fin, desgastándose en su ascensión, con tal de llegar a la cima antes del alba y beber de la profundidad de la planicie, todavía azul y en las sombras, como el que busca el agua de un lago para desalterarse en él. Y una vez ahí, sentado y observando el reino de la mirada tan duramente conquistado, respiró profundo, y su corazón, latiendo alegremente, encontró el remedio soberano a todo aquello que le producía asco, cayendo en la cuenta de que la meta máxima en este mundo consiste sólo en aspirar a ser un aficionado talentoso y un oyente sensible. . .

Alexandre S.F. de Pomposo García-Cohen



Epistemología, Investigación y transdisciplina en ciencias sociales

José Alonso Andrade Salazar²

² Docente investigador de la Universidad de San Buenaventura, sede Armenia. PhD. en Pensamiento Complejo y Magister en Investigación Integrativa. Es candidato Postdoctoral en Educación, investigación y complejidad de la Escuela Militar de Ingeniería (Bolivia). Correo electrónico: jose.andrade@usbmed.edu.co Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-7916-7409>.

Este capítulo expone la relación entre epistemología, transdisciplina e investigación en ciencias sociales, haciendo énfasis en sus aportes y desarrollos en los análisis de los hechos sociales, a la vez que toma en cuenta como punto de contraste las críticas asociadas a su insuficiencia en tanto generación de leyes y los cuestionamientos a su validez empírica y predictiva. Asimismo, se discute sobre la validez del método y de los saberes generados a través de la investigación en ciencias sociales, tomando como base relacional-dialógica los aportes de la transdisciplinariedad y la complejidad. El tema central abordado gravita en torno a la relación entre ciencias sociales y epistemología compleja-transdisciplina, por lo que las consideraciones giran a menudo alrededor de la identificación de la insuficiencia del modelo biológico de corte positivista-causalista y la oportunidad que esto implica para la consolidación del estatuto epistemológico de las ciencias sociales.

Aunque existen múltiples trabajos y publicaciones sobre la historia, los desarrollos, los desafíos y los aportes de la investigación en ciencias sociales, las discusiones en torno a dichos temas desde la transdisciplina y la teoría de la complejidad son relativamente nuevas. Dicha situación podría estar relacionada con cierta resistencia teórica a integrar aspectos como el caos, la incertidumbre, la irreversibilidad, la termodinámica, las estructuras disipativas y la antropoética, entre otros tópicos, como fuentes creadoras de novedad e innovación académica. En ese caso, se hace manifiesto que, ciertamente, al hablar de ciencias sociales se lo haga en clave de modelos, estándares, validaciones, experimentos, modelamientos, comprobación y posturas insulares-paradigmáticas, de cuyo posicionamiento teórico brotan análisis sociales habitualmente cargados de sesgo, universalismo y causalidad circular.

Esta propensión revela una limitación importante en el método, las técnicas, las metodologías y en la descripción de los fenómenos sociales. En consecuencia, aspectos como la noción de cultura, comunidad y sociedad, las relaciones de poder, los roles, el control, la emancipación, etc., y también las indagaciones referentes a su funcionamiento, estructuración e interinfluencia política, personal y colectiva, gravitaron en torno a problemas monocéntricos, propios de miradas disciplinares e interdisciplinarias, donde la creación de saberes insularizados —definitorios y heteronómicos— resultó inherente y favoreció la emergencia de medidas de resistencia, contrahegemónicas y para-estatales, pero también de respuestas hegemónicas del régimen en defensa de las ideologías dominantes. En este proceso se resalta el papel transformador del conocimiento social, pero se critica que, inicialmente, los diversos actores sociales reprodujeron en su lucha las mismas condiciones de opresión de la cual eran objeto las sociedades oprimidas: violencia para derrocar el régimen, sedición, opresión, tortura, cooptación del poder, etc.

No obstante, es preciso distinguir las notables contribuciones teóricas a la explicación de los fenómenos sociales; los cambios ideológicos, estructurales y reorganizacionales en las sociedades; la expansión de contenidos explicativos cada vez más amplios e isomórficos; y la relación entre transformaciones paradigmáticas, la opresión sociopolítica y las coyunturas históricas. De suyo, es indudable que las revoluciones y crisis sociales, la literatura y el arte como subversión del sujeto, los quiebres ideológico-políticos, la complejidad reticulada de los fenómenos sociales, los isomorfismos derivados de otras disciplinas, la no linealidad de los sucesos, la impredecibilidad de las circunstancias y la irreversibilidad de los hechos, entre otros elementos, expusieron ante la comunidad académica la debilidad creciente en el método científico tradicional —positivista—, al tiempo que la oportunidad de reinterpretación del fenómeno social, lo cual dio cuenta de la necesidad de transformación multiparadigmática de los métodos, postulados y presupuestos explicativos en ciencias sociales.

Así las cosas, el problema fundamental que emerge al momento de situar cuestionamientos al método en ciencias sociales no radica solamente en los hallazgos polarizados entre vulgares-especulativos y científicos o en los procesos implicados en la generación de dichos descubrimientos, sino en el dejo de universalismo radical adquirido en las explicaciones, producto —históricamente

hablando— del isomorfismo entre método filosófico, *duda, argumentación y dialéctica*, y el método biológico, *observación, registro, hipótesis, experimentación, comprobación, conclusión*, escenario en el cual los fenómenos sociales adquirieron la simetría explicativa necesaria para conquistar el atributo de científicos. En este tenor, la crítica al método, al hallazgo y a la interpretación se asoció, *grosso modo*, a un riesgo que se hizo manifiesto en el devenir histórico de las ciencias sociales: el *cientificismo*. Este fenómeno exaltó el método científico al dar valor excesivo a los fundamentos científicos, es decir, a la *experiencia como único saber válido* y al método aplicado a todos los ámbitos de la vida intelectual, social y ético-moral.

El error subyacente al comportamiento epistémico-disciplinar insularizado radica en que estas dialogan poco o nada entre sí, pues desde su posición paradigmática entienden los hechos sociales, ora como hechos sociales totales, ora como relatividades fraccionadas sin conexión o sujetas a un devenir histórico que relativiza los sucesos, sin prever la identidad referente que su emergencia produce. En contraste a estos lineamientos, es dable pensar que su contraparte teórica considera que los fenómenos sociales presentan una dinámica transformacional *per se*, al permanecer en no-equilibrio, constituirse a través de sistemas complejos, ser intervenidos por el caos y la incertidumbre, y acoger la no linealidad. Dichos atributos aportaron evidencias de la necesidad de ir más allá de los límites del conocimiento, amparando la *ciencia de frontera* como una de las garantías de comprensión de los procesos investigativos implementados en su construcción.

Cabe anotar que, aunque las ciencias sociales en su estado germinal estuvieron sostenidas sobre la necesidad de consolidar un estatuto epistemológico-científico sólido, la impronta instalada por tales pretensiones se ha desmigajado paulatinamente, permitiendo un mayor esfuerzo en el trabajo conjunto de resignificación del método, objeto, procedimientos, estrategias y técnicas implementadas para la comprensión del sentido de los fenómenos sociales. En este escenario, la relatividad de los saberes, la complejidad fenoménica y la relación sujeto-sujeto resultan importantes para investigar desde las ciencias sociales. A lo largo de sus desarrollos académicos y epistemológicos, las ciencias sociales, bajo el impulso de la transdisciplinariedad, han integrado la lógica del tercero incluido, misma que opera bajo el antagonismo complementario

como principio articulador de la diversidad de saberes, fenómenos y experiencias, las cuales concurren a través de vías rizomáticas-complejas, produciendo encuentros, desencuentros y diálogos reorganizacionales.

Referentes históricos

Históricamente hablando, el surgimiento de las ciencias sociales se data hacia la Ilustración y la Revolución Francesa (s. XIX), de modo que el contexto histórico en el que surge la ubica en torno a los grandes cambios y revoluciones sociales, de las cuales la Revolución Industrial (s. XVIII) marcó un hito importante, dado que las múltiples crisis suscitadas en dichos periodos abrieron el debate y el pensamiento académico en torno a temas económicos, políticos, comunitarios e incluso éticos, entre otros aspectos (Mardones y Ursua, 1982). Cabe precisar que épocas como la Revolución científica (s. XVI y s. XVII) pueden relacionarse al surgimiento germinal de las ciencias sociales, apoyadas sobre las bases de la ciencia clásica, puesto que se transfiguraron las viejas perspectivas medievales acerca de la naturaleza, el hombre y la sociedad. Las ciencias sociales brotaron acorde a las coyunturas sociales de época, inicialmente de la sociedad europea de los siglos XVIII y XIX, pues de ellas emergen nuevas formas de producción material e intelectual, que modificaron las interacciones sociopolíticas, las relaciones entre clases sociales y las ideologías explicativas del mundo, que en su gran mayoría gravitaron en torno a las nociones emancipatorias propias de la Revolución Francesa. Las tensiones, fricciones y crisis de allí liberadas constituyen el basamento de los estudios sociales, en un inicio signados por el reduccionismo cartesiano, pero con una clara enunciación explicativa y liberadora.

El paso del feudalismo agrario al capitalismo industrial en Europa fue fomentado crucialmente por la burguesía comercial-industrial, y los burgueses fueron los entusiastas de las ciencias naturales y las ciencias sociales. El nacimiento de las ciencias sociales tiene tres etapas que, en conjunto, expresan el proyecto de la modernidad: a) las ciencias naturales del siglo XVII con Newton como ejemplo; b) los teóricos sociales y políticos de la Ilustración que aplicaron el modelo de la ciencia a la esfera humana, y c) los teóricos sociales de la sociedad industrial democrática y republicana de los comien-

zos del siglo XIX, que ofrecen las primeras formulaciones del trabajo científico social moderno. (Preston, 1999, p. 53)

Conviene mencionar que las posturas y representantes de mayor difusión e isomorfismo en tanto aportes y postulados a las ciencias sociales son: el holismo (dialéctica Marxista), el positivismo (Saint-Simon, Comte, Stuart Mill, Bacon), el estructuralismo (Ferdinand de Saussure, Levi-Strauss, Lacan, Dumon, Barthes, Needham, Douglas, Turner), el constructivismo (Descartes, Kant, Hume, Berkeley), el racionalismo (crítico Kantiano, Descartes, Spinoza, Leibniz), el subjetivismo (Nietzsche, Briones), el gestaltismo —psicología de forma, de la configuración o de la estructura— (Koler, Koffka), el posestructuralismo (Foucault, Deleuze, Jameson, Morin, Agamben, Baudrillard, Butler, Guattari) y el relacionismo metodológico (Dewey, Bourdieu), además de los aportes de la escuela de Fráncfort (Horkheimer, Adorno, Habermas, Marcuse). Desde estos planteamientos, las ciencias sociales realizaron contribuciones importantes acerca del conocimiento de la sociedad, aproximándose gradualmente a nociones y teorías acerca de su funcionamiento y de los límites de los saberes producidos. Es preciso resaltar que la teoría crítica de Habermas (1985), y los antecedentes derivados de la escuela de Frankfurt, generaron aportaciones significativas a la interdisciplina, con los estudios de Herbert Marcuse (1978), Adorno (2001) y Horkheimer (1967), quienes plantearon discusiones críticas acerca del capitalismo, el problema de la interacción social, el interés en el desarrollo del conocimiento científico y la ciencia, y también respecto a la emancipación. En este enfoque, además, se dio una mirada crítica al estudio de la política neoliberal, tomando en cuenta sus antecedentes, la conceptualización y los diversos costos sociales que su instalación política implicó.

En su discurrir científico, las ciencias sociales han integrado relacionamente tres elementos: primero, la *construcción conjunta del conocimiento*; segundo, las *interpretaciones científicas en clave de diálogo de saberes* acerca del mundo social; tercero, el *enfoque inter y transdisciplinario*, orientado en el tránsito del análisis a la comprensión compleja de la realidad social, desde un escenario contemporáneo (Sotolongo y Delgado, 2006). Este aspecto conllevó a que el siglo XX fuera uno de los siglos de más desarrollo para las ciencias sociales, puesto que emergieron diversidad de planteamientos que unificaron y dividieron teorías, a la vez que ampliaron las concepciones sobre sociedad, cultura,

organización, interinfluencia, etc. Inicialmente, las ciencias sociales buscaron mediante el proceso de *cientificidad* explicar el funcionamiento social, tomando en cuenta el desarrollo de la ciencia en tanto concepto y clasificación, de modo que dicha cientificidad se comprendió a través de la adherencia a las ciencias naturales. Conviene mencionar que el velo del reduccionismo matemático, que incluyó el análisis sociométrico como base explicativa de los fenómenos sociales, fue cediendo espacio a la variabilidad y el cambio social, a razón de la insuficiencia interpretativa del modelo positivista, y, después, en función de interacciones, relatividades y la diversidad de contenidos fluctuantes y móviles de los hechos sociales, mismos que conservan una estabilidad relativa y un desequilibrio permanente (Munné, 2004).

Así las cosas, las ciencias sociales adquirieron de modo paulatino cierta especificidad, especialmente en lo que toca a la identificación de su propio objeto de estudio, los principios teóricos que rigen y guían la investigación, las regulaciones bioéticas y los métodos efectuados para aproximarse y transformar el conocimiento. Dicha particularidad fue implementada para interpretar los fenómenos sociales. En lo referente a la exégesis científica del mundo social, la emergencia de diferentes posturas teóricas dio forma a un *corpus* de conocimientos, que de manera colectiva ha permitido el análisis cada vez más profundo de dichos fenómenos. Así, teorías como el marxismo, el funcionalismo y la teoría comprensiva, entre otras, matizaron el análisis de la sociedad desde un punto de vista científico, lo cual implicó el uso del método —dialéctico y dialógico—, el registro o memoria de la experiencia, sin reducir el fenómeno al dato, al tiempo que proveía información relevante sobre su propensión al cambio desde una perspectiva material e histórica.

Conviene mencionar que dicho *corpus* ha permitido la aplicación de sus conceptos y categorías a la variabilidad de la investigación de los fenómenos sociales, al igual que otras miradas no insularizadas sobre el sistema social, su multidimensionalidad y sus complejidades. Otra condición que aportó al desarrollo de las ciencias sociales fue la emergencia del enfoque interdisciplinario, el cual posibilitó que la transferencia de métodos de una disciplina a otra lograra desbordar los marcos teóricos instalados entre disciplinas, a causa del empleo del marco epistémico común para comprender los fenómenos sociales (Andrade, 2019a). Justamente, la interdisciplinariedad en Ciencias Sociales propició